

¿Cuál es la empresa

PYME que Colombia necesita?

José David Lamak

Este foro es una buena ocasión para debatir un tema que no ha sido suficientemente discutido: ¿Cuál es la empresa Pyme que Colombia necesita?

El tema del desarrollo industrial fue proscrito no sólo del lenguaje sino de las estrategias de gobierno en la última década.

Se creyó que las fuerzas del mercado y un ambiente macroeconómico estable, eran suficientes para permitir el Desarrollo de la Industria; sin embargo, ni la estabilidad macroeconómica, ni las libres fuerzas del mercado tienen la capacidad de resolver las fallas que el mismo mercado presenta; y justamente fueron estas imperfecciones y la falta de competitividad de las empresas manufactureras, originadas en su poca capacidad de acumulación de capital y de desarrollo tecnológico, las que generaron el proceso de desindustrialización que evidencian los estudios realizados¹.

El desarrollo tecnológico, debe ser la base fundamental de la Política de Desarrollo Industrial que conduzca a la creación de un nuevo proceso de industrialización y a la inserción de Colombia en los mercados mundiales, con nuevos productos de alto valor agregado, de excelente calidad, precios competitivos y fabricados con sistemas productivos ambientalmente amigables.

Pero el desarrollo tecnológico no surge por generación espontánea, es necesario inducirlo, crearlo, y está demostrado, estudiando las experiencias de países que han logrado superar las barreras tecnológicas, que el papel del Estado es piedra angular de este proceso.

Un Estado indiferente ante el progreso técnico, sin capacidad institucional para generar un ambiente adecuado para la adquisición, adecuación y transferencia de tecnología, es el principal escollo que tendrían que resolver las empresas y los

¹ Garay, Luis Jorge. Colombia estructura industrial e internacionalización 1967 -1996, DNP- COLCIENCIAS.

empresarios que se involucren en este enfoque del desarrollo industrial.

Sin embargo, hay que ser sinceros, no sólo el Estado debe cambiar, el empresario también. Para los empresarios, la innovación, la reconversión tecnológica y la modernización de los procesos no sólo productivos sino de gestión y de mercadeo, son fundamentales. Sin estos cambios no será posible la ejecución de una política industrial.

En Colombia, ha sido evidente que existen estrategias que apuntan a la creación de condiciones para la consolidación del cambio tecnológico.

El problema no ha sido de recursos, yo me atrevería a decir que las fuentes de financiación han sido relativamente abundantes, no así los resultados obtenidos.

Un obsesivo énfasis en la estrategia de capacitación, sin acompañamiento ni indicadores de impacto, ha despilfarrado una gran parte de los recursos destinados al fomento y desarrollo de la Mipyme en Colombia, por un lado; y por el otro, una estrategia de dispersión de recursos bajo el esquema de la "escopeta de perdigones", sin enfoque específico, son en buena parte las causas de los pobres resultados obtenidos en la tesonera lucha por la búsqueda de la competitividad industrial.

Por eso creemos que el Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología, debe ser ajustado y no ser ajeno al gran compromiso de reforma institucional del país. La institucionalidad vinculada al sistema debe ser articulada, sistémica y dirigida al logro de objetivos más específicos, en los cuales, las regiones y la definición o identificación de las ventajas regionales, susceptibles de transformación en ventajas competitivas; así como la definición de estrategias para identificar nichos de mercado, debe ser el norte de la política de desarrollo tecnológico, lo cual quiere decir que el

patrocinio de la ciencia y la creación de un ambiente propicio a la investigación debe trasladarse al ámbito universitario, mientras que el desarrollo tecnológico fundamentado en proyectos de investigación aplicada debe corresponder al ámbito de las empresas, los Centros de Desarrollo Tecnológico y la Universidad. Este sería el triángulo de oro que llevaría a la industria manufacturera colombiana, hacia la senda del desarrollo tecnológico y de la competitividad.

Claro que este enfoque también demandaría cambios en el sector educativo y de formación profesional. No es con los programas y contenidos, ni con los currículos actuales como lograremos crear el ambiente de investigación, innovación y desarrollo de nuevas tecnologías, la masa crítica de conocimiento y la capacidad gerencial que requiere el país.

Ahora bien, si es necesario el fortalecimiento y la transformación de los sistemas de investigación y de desarrollo de tecnologías; si se requiere una clase dirigente más proclive a los cambios tecnológicos, no es menos cierto que la mano de obra colombiana debe también adecuarse a las condiciones que demandaría este nuevo ambiente competitivo.

La formación para el trabajo debe corresponder a las necesidades regionales, sectoriales y de competencias laborales que se identifiquen. El enfoque ofertista de la formación profesional no puede responder a las verdaderas necesidades de la industria manufacturera, por consiguiente las estrategias e instrumentos que den respuestas de formación, deben corresponder a estos requerimientos.

En otras palabras, los problemas de carácter estructural como los que padece la industria manufacturera colombiana, requieren medidas que toquen el origen y no los efectos de la falta de competitividad, y esto demanda tiempo y

recursos, si no queremos seguir viendo cómo la historia nos va dejando atrás.

No podemos seguir siendo anecdóticos del cambio que otros han hecho, pero también debemos tener claro que las estrategias que se aplicaron hace veinte o veinticinco años en los países que lograron su competitividad, no son necesariamente las mismas que debemos aplicar nosotros.

Además, el papel del estado debe garantizar la permanencia de un ambiente macroeconómico propicio para la inversión extranjera, y para la realización de alianzas estratégicas con empresas que ayuden a acortar el vacío tecnológico que compromete nuestra competitividad en el corto plazo.

Para lograrlo, debemos restablecer la credibilidad en Colombia para lograr mecanismos de participación del capital extranjero a través de la inversión directa o mediante alianzas estratégicas, en sectores de respuesta inmediata como la maquila de productos tales como los electromecánicos, electrónicos, de software o de confección que es la más común y antigua de las maquilas de Colombia, que permita la utilización del enmallado industrial subutilizado.

Complementariamente debe incluirse dentro de las estrategias que se apliquen, el concepto de región, a partir del cual se deben crear las ventajas competitivas que permitan la identificación de nichos de mercado y la creación de un patrón de especialización que garantice que todo el esfuerzo que se realice, producirá resultados concretos que no son otros que el incremento de la oferta exportadora colombiana de productos de alto valor agregado, para que a través de estos resultados podamos tener un país más equitativo social y económicamente.

Ahora bien, la estrategia exportadora no es suficiente; en Colombia sólo exporta 20 - 25% de las empresas, lo que significa que 80 - 75% dependen de la capacidad de consumo de la demanda agregada, es decir que sin una adecuada demanda interna no es posible garantizar su permanencia.

Colombia tiene además vocación para convertirse en el centro de distribución de productos de alta tecnología para el gran mercado latinoamericano, y hay que hacérselo saber a los inversionistas extranjeros.

Para crear el ambiente propicio para la inversión, es necesario crear condiciones favorables desde el punto de vista de la seguridad jurídica y de la seguridad física de las personas, y un ambiente macroeconómico estable y propicio para la inversión; en este orden de ideas, recuperar el orden fiscal es una decisión que habrá de ejecutarse con el rigor que exige el reencuentro de la economía con rutas duraderas de desarrollo; tanto más cuando las circunstancias internacionales ejercen presiones mayúsculas sobre nuestras finanzas públicas y privadas; infortunadamente el afán fiscalista del Gobierno ha conducido a las empresas a una situación de postración que ha puesto en peligro su supervivencia.

El Gobierno quiere recuperar para Colombia esa reputación internacional que la ha caracterizado como poseedora de una economía estable y confiable. Está ampliamente demostrado que nada tiene un efecto tan positivo sobre la dinámica productiva de un país como el equilibrio macroeconómico.

Estamos en la hora de los sacrificios, y todos debemos contribuir para construir las condiciones que requiere el país para iniciar la senda de un desarrollo económico sostenible, en donde la competitividad, pero ante todo la equidad social, sean los nuevos paradigmas.

Sin embargo, un sano y equilibrado manejo macroeconómico, siendo una condición necesaria, como la que más, para el crecimiento y desarrollo de sus empresas, no es suficiente.

Para generar horizontes más claros de desarrollo, nos enfrentamos al desafío de reformar el Estado, sus instituciones y sus finanzas; de reestablecer relaciones cordiales, francas y constructivas entre los colombianos; de proponer, discutir, decidir y ejecutar políticas claras, coherentes y confiables que aseguren la reactivación de la economía en conjunto y de sus principales sectores.

Pero también debemos enfrentar el cambio de paradigma de nuestra sociedad, centrada en una concepción del bienestar individual sobre el colectivo; una sociedad que conoce y defiende sus derechos pero que carece de deberes y de responsabilidad social.

En otras palabras, el papel del Estado tiene que reflejarse a través de políticas activas que garanticen la permanencia y el fortalecimiento de las empresas frente a la competencia de productos de otros países. Y no se trata de volver al pasado

de la protección a ultranza, sino de compartir con los empresarios los riesgos que las nuevas situaciones del mercado presentan para la industria y el comercio del país.

Mientras que el papel de la sociedad es ejercer un adecuado control sobre los instrumentos del Estado al servicio de la comunidad, y de crear las condiciones necesarias para que el bien común predomine sobre el individual.

Hace unos días una persona vinculada a la academia me preguntó que cuál era la empresa que el país necesita, y le dije: Colombia necesita una empresa comprometida con el desarrollo tecnológico y la innovación, con capacidad de demandar mano de obra calificada, justamente remunerada y con un compromiso ineludible con la productividad; que tenga capacidad para producir bienes y servicios de alto valor agregado y contenido tecnológico; comprometida con su entorno que de una forma u otra garantiza su existencia y con capacidad para organizarse en redes, es decir bajo esquemas de asociatividad; sin embargo, el compromiso con la competitividad no puede ser menor que su compromiso con la sociedad.